





12. LA CONSTANCIA EN LA IGUALDAD	25,000	1901	Adolfo Larralde/Juan N. de la Garza y Evita Placido Lozano	FFLP T: 28 F: 34-37	Para explotar fundos mineros llamados: las Tres Niñas y la Voladora, situados en el lomerío de la Iguala, en Lampazos.
13. SANTA MARÍA	5,500	1906	Adolfo Larralde/Fermin Garza Pérez	FFLP T: 46 F: 278-281	Para explorar y explotar minas de plata en la sierra de Lampazos.
CEDRO 19. FLO	10,000	1903	Manuel Zertuche/Vicente Garza C. por Francisco Zuazua/Vicente Garza C. por Manuel Zertuche/Vicente Garza C. por Abelino Zertuche/Vicente Garza C. por Jesús Ma. Zertuche/Vicente Garza C. por Tomás C. Lampazos	FFLP T: 46 F: 278-281	Para explorar dicha mina situada en el Cerro de Lampazos.
14. FLOR DE PÉREZ	24,000	1907	Adolfo Larralde/Juan N. de la Garza y Evita Placido Lozano	FFLP T: 46 F: 278-281	Para explorar dicha mina situada en el Cerro de Lampazos.

### LA CONCIENCIA DEL NORESTE: SEMBLANZA HISTORIOGRÁFICA DE ISIDRO VIZCAYA CANALES

Manuel Ceballos Ramírez<sup>1</sup>  
Academia Mexicana de la Historia

En 1992 se editó un voluminoso libro con el sugestivo y referencial título de *Desde el Cerro de la Silla: armas y letras de Nuevo León*. En él Francisco Ruiz Solís era el autor del capítulo "Apuntes para la historia del pensamiento científico de Nuevo León". En este apartado aparecía un apéndice titulado "De la forma de hacer historia", que era a su vez, una entrevista que Ruiz Solís realizó a quien consideraba "uno de los máximos exponentes de la historia regional": Isidro Vizcaya Canales.<sup>2</sup>

En esta entrevista el maestro Vizcaya Canales se mostraba socrático cuando reconocía las carencias locales en la investigación del pasado, el poco saber histórico que aún predominaba y la ausencia de análisis en las obras de historia nuevoleonense, ya que muchas de ellas eran publicaciones documentales. Ante lo mucho que había por investigar, poco le faltó para decir con Sócrates: sólo sé que no sé nada. También se declaraba aristotélico al saberse colega de otros historiadores, pero más colega de la verdad. No lo dijo, pero lo insinuó: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Por ello proponía a su entrevistador cuestiones que tenían que ver con la profesionalización del oficio de historiar en Nuevo León, es decir con la necesidad de crítica, de autocrítica y de revisión de los procesos de análisis en la elaboración de las investigaciones históricas propias y de los demás. Y ya entrado en el tema también se mostraba desmitificador, y con ello científico. Además completaba su actitud crítica al apreciar el quehacer histórico con una visión anti-etnocéntrica. Cuestión ésta que sorprendería al mismo Manuel Payno.

Al ser interrogado sobre el proceso de desarrollo de la historia regional, Vizcaya Canales sin temor se lanzaba sobre lo esencial respondiendo: "La mayor parte de la gente no tiene idea de ese proceso [de desarrollo]. Lo que se maneja, son los clichés que se han oído siempre, como el que señala que 'la ciudad se levantó en un desierto', lo que a mi juicio constituye una distorsión de lo real, como la historia que se enseña en las escuelas".<sup>3</sup> Esta afirmación da cuenta del primer fundamento de su quehacer historiográfico: la apreciación de la complejidad de los hechos históricos, es decir, la superación de la historia como mera y simple narración, y más como ejercicio de explicación. Por ello se pronuncia contra las visiones simplistas y distorsionadas. Así por ejemplo, el capítulo

dedicado al mes de enero del libro *Monterrey 1882: crónica de un año memorable*, es una extensa y erudita demostración de que Monterrey no está asentado en el desierto. Luego de enterarse de todos los testimonios que cita, el lector acaba virtualmente empapado al percatarse de la abundancia de agua, fuentes y corrientes. Y recordando a Payno, quien escribiera a mediados del siglo XIX, asienta cómo Monterrey “puede sin exageración llamarse un jardín”.<sup>4</sup> Con la misma agudeza demuestra que la industrialización de Monterrey no inició con el establecimiento de la fábrica de textiles La Fama en 1854, sino en 1867, cuando un conjunto de factores intervinieron para comenzar el proceso industrializador.<sup>5</sup> Y con no menor ironía le espeta, por otros motivos, al tan respetable, don Carlos María de Bustamante, el ser el iniciador de las aberraciones acerca de los hechos de Acatita de Baján. Luego de citar un texto del historiador oaxaqueño, escribe Vizcaya: “Estas cuantas líneas, redactadas en forma tan curiosa, son el origen de toda una leyenda. Bustamante demuestra su desconocimiento absoluto de lo que eran las cuatro Provincias de Oriente y habla de ellas como si se tratara de un municipio”.<sup>6</sup> Líneas más adelante no se libran de la afilada pluma en ristre de Don Isidro ni el mismo José Eleuterio González, ni David Alberto Cossío.

En un segundo momento el maestro Vizcaya Canales habló de que la historia regional no debía circunscribirse sólo a Nuevo León, sino también a Coahuila y a Tamaulipas, sin olvidar “las alusiones indispensables a Texas”.<sup>7</sup> Es decir al noreste entero. Con ello exponía la segunda base de “su forma de hacer la historia”: la interdependencia de los eventos históricos y la interrelación de los espacios geopolíticos. Con ello enmendaba la visión de su interlocutor que en un *lapsus mentis*, ya convertido en lugar común entre nosotros, hacía que al referirse a Nuevo León parecía solo estar pensando en Monterrey. Y que otra aberración concibe a ésta última como una *self-made city*, construida por la audacia de sus “capitanes” y de sus obreros, ambos héroes en mangas de camisa. Es por esto que Vizcaya Canales rechaza aquella “historia de bronce que de acuerdo al historiador Luis González consiste en buscar y hacer héroes donde no los hay”, como se ha hecho a veces a nivel municipal. Y recuerda cómo la primera versión de *Los orígenes de la industrialización de Monterrey* fue guardada por quienes le habían pedido que la escribiera, ya que “al final probablemente no les gustó, porque no fue el elogio de los grandes héroes de Monterrey, sin embargo pagaron el trabajo y se quedaron con él. El ITESM posteriormente rescató esos trabajos y así se publicaron seis años después en 1969”.<sup>8</sup>

Sin duda, el texto donde Vizcaya Canales demuestra con creces su conciencia del noreste, y en el que se siente que se mueve a sus anchas, es *En los albores de la independencia: las Provincias Internas de Oriente durante la insurrección de don Miguel Hidalgo*. El autor, una vez enunciado

el tema en los primeros renglones de la introducción va sobre su asunto: “Los acontecimientos de este medio año en las cuatro Provincias Internas de Oriente: Coahuila, el Nuevo Reino de León, Nuevo Santander y Texas, están tan entrelazados, que es imposible tener una idea clara de estos sucesos cuando se intenta describir solamente lo que sucedió dentro de las fronteras de cada una de las entidades. Es indudable que las Provincias Internas de Oriente constituían una unidad geográfica”.<sup>9</sup> Y luego de haber recorrido casi 300 páginas con todo y su esmerado aparato crítico, en un breve comentario que dedica a la ya mencionada cuestión de Acatita de Baján, es donde se lanza certero sobre su argumentación: “Era de esperarse -escribe- que los historiadores regionales hubieran subsanado esa deficiencia, pero no ha sido así. Nunca han intentado hacer una historia unificada de las antiguas Provincias Internas de Oriente y han fraccionado los acontecimientos concretándose a relatar lo que sucedió en algunas de las entidades”.<sup>10</sup>

Un tercer hilo conductor de las investigaciones del maestro Vizcaya, consecuencia de los dos anteriores, es el apremio por contextualizar la historia. En *Los orígenes de la industrialización de Monterrey* aclara en la introducción: “Aunque la investigación que constituye su núcleo versa fundamentalmente sobre hechos económicos, y más en particular sobre el desarrollo industrial de la ciudad, no por eso dejan de ser ajenos a él otros aspectos de la vida de Monterrey, que constituyen el enmarcamiento humano en donde lógicamente aquéllos se presentan. En tal virtud, para cada uno de los periodos tratados en la obra se anotan los principales acontecimientos políticos y culturales y se hace una referencia a los modos generales de vida de la población: costumbres, diversiones, desarrollo urbano, y aun algunos de los principales sucesos extraordinarios”.<sup>11</sup> Y en su más reciente obra *Tierra de guerra viva*, de suyo más monográfica, siente la urgencia de narrar los contextos: “Debo aclarar que es imposible hacer un relato de las incursiones de los indios durante seis décadas sin tocar otros aspectos de la historia nacional y regional durante el mismo tiempo. Son los años que tiene lugar la guerra de Texas, la guerra con los Estados Unidos y la intervención francesa, además de multitud de conflictos internos (...) Por lo tanto, además de lo relativo a los indios se incluyen muchos otros acontecimientos”.<sup>12</sup> Pero donde sí deambula muy a su sabor, se libera de la presión de la fidelidad documental, y contextualiza sin cortapisas monográficas es en *Un siglo de Monterrey*. Recuerdo que al ser invitado por la Academia de Investigación Humanística a prologar este libro del maestro Vizcaya Canales escribí en el prefacio: “Es de destacar el equilibrio y la buena articulación del relato y la forma amena con que lo desarrolla (...) se introduce en los patios de las casas y nos narra no sólo la vida cotidiana, sino las preocupaciones de hombres y mujeres por los acontecimientos políticos, por los cambios económicos, por la inmigración de extranjeros y por la modificación de costumbres”.<sup>13</sup> Es el caso de constatar cómo los hombres y mujeres que se

rescatan del pasado van respondiendo a las preguntas, los cuestionamientos, las curiosidades, y hasta las obsesiones y los traumas de un historiador. Y así como las cosas se parecen a su dueño, las historias son el vivo reflejo de quien las recrea, recobra y procrea. La historia resulta por ello hija del historiador, por eso Henri Marrou afirmó que toda historia es inseparable de quien la escribe y depende de la riqueza humana del historiador.<sup>14</sup> En otro libro donde Vizcaya Canales muestra la habilidad para contextualizar es en *Monterrey 1882: crónica de un año memorable*. En mismo desde la introducción lo aclara: "La relación se ha dividido en doce capítulos, correspondiendo cada uno a un mes en el cual se enumeran los principales sucesos acaecidos en ese lapso, incluyéndose además un aspecto específico de los quehaceres cotidianos: aspecto de la ciudad, condiciones de la educación, industria y artesanías, servicios religiosos, salubridad y estado de la medicina, actividades rurales, periodismo y vida intelectual, y algunos otros asuntos".<sup>15</sup>

Sin lugar a dudas estos tres hilos conductores están presentes en los libros y artículos que Vizcaya Canales ha escrito desde 1968 a la fecha: la visión crítica del pasado, la consideración del noreste como fundamento espacial de sus explicaciones históricas, y la contextualización como estructura formal de argumentación histórica tal como lo asienta Hayden White.<sup>16</sup> A partir de estos tres hilos conductores surgen los núcleos generadores de su producción historiográfica. Entre éstos encontramos los grandes temas: la Independencia, las Provincias Internas de Oriente, las invasiones indígenas, y la complejidad de los procesos de la formación de Monterrey.<sup>17</sup> Incluso los textos más monográficos o documentales como el de Montemorelos en la primera mitad del siglo XIX, el del obispo Andrés Ambrosio de Llanos y Valdez, el de Rafael de Iriarte, el de Nemesio Salcedo, el de Pedro Herrera Leyva, y aún el de la noticia del *Periódico Oficial*, se conectan con esos grandes temas contextuales.<sup>18</sup>

Por otra parte, Vizcaya Canales es un historiador que enfoca su interés al siglo XIX. Incluso sus incursiones en el México borbónico, tienen la conciencia de apreciar los procesos de modernización y secularización que aunque cronológicamente fueron en el siglo XVIII, para efectos de la periodización histórica ya pertenecen al siguiente. Sólo por excepción y a petición de parte de *Los orígenes de la industrialización* llegan hasta 1920, y bien saben los historiadores que el siglo XIX bien pudo haber terminado poco antes de ese año. Específicamente en 1914 tanto para Europa como para México, con el inicio de la Gran Guerra para la primera, y con el desmantelamiento del antiguo ejército porfiriano para el segundo. A este propósito en la presentación de *Un siglo de Monterrey* escribí que este "libro trata de un siglo no sólo muy atractivo para los historiadores, sino de mucha

importancia en la conformación de algunas poblaciones mexicanas, de las cuales Monterrey no fue la excepción, sino más bien el paradigma".<sup>19</sup>

Por cierto que el maestro Vizcaya Canales ha cumplido su misión de ser un historiador del siglo XIX casi como un destino, pues irónicamente la única vez que incursionó en el siglo XX, le fueron cercenados cuarenta años de historia. En efecto, según su propio dicho *La industrialización de Monterrey* abarcaba hasta 1960, pero en opinión de un dictaminador —que ciertamente no era historiador—, esas cuatro décadas no cumplían con los requisitos para la publicación. De que se hará una nueva edición de ese libro es ya un compromiso que ha tomado el Archivo General del Estado de Nuevo León; pero no sé si pasadas poco más de tres décadas de la primera publicación, pudiera hacerse esa reedición incluyendo aquellos cuarenta años que no vieron la luz en la primera.

Una de las cuestiones más insistentes que me han asaltado a lo largo de los días de reflexión en torno a la obra historiográfica de Isidro Vizcaya Canales es la pregunta de cómo fue que llegó a este grado tan consistente del quehacer histórico. Cómo llegó a tan alto grado de iniciación y cómo fue que asimiló tan al pie de la letra un oficio tan sutil, confuso y de tantas aristas, si no tuvo propiamente una escuela o una masa crítica que lo arropara. Las respuestas que fui encontrando fueron generosas. En primer lugar se aprecia con claridad que se trató de una vocación para seguir los pasos, los artilugios y las insinuaciones de Clío. Constato que ha sido tal la fidelidad de este seguimiento que no pude menos de recordar a Philippe Ariés cuando escribió aquel bello texto titulado "Un niño descubre la historia". La vivencia del rescate del pasado, dice Ariés, ha sido para él un fenómeno de naturaleza religiosa, algo muy cercano a la gracia.<sup>20</sup> En segundo lugar, encontré que en la autoapreciación de su trabajo como historiador, el maestro Vizcaya Canales hablaba también de un alto grado de casualidad y desenfado. Esta fue la clave para entender una actitud, muy suya, de positivo desahogo y originalidad que se nota en todos sus textos y que le dan el sabor de un estilo muy propio, alegre, ágil, redondo y comprensivo; y al mismo tiempo documentado y racional. Además como él mismo lo confiesa, hacer historia era algo divertido y emocionante. Y en esto toca la esencia del quehacer histórico al sentir los lábiles, escurridizos y sutiles límites entre el arte y la ciencia. Fue entonces cuando debí recordar a Stendhal quien escribió que la felicidad consistía en tener por oficio la propia pasión.

Será por esas historias tan gratificantes y amenas que han salido de la pluma de Vizcaya Canales, que sus pares y sus lectores han opinado de él tan positivamente. Israel Cavazos Garza ha considerado su producción historiográfica "sumamente valiosa", y lo ha destacado como "una figura consagrada de la historiografía regional".<sup>21</sup> Francisco Salinas Treviño habla

de él como uno de los "más destacados historiadores" de Nuevo León.<sup>22</sup> Renato Javier Cantú no pudo evadir unir al hombre con su origen y escribió que "el amor que le tiene a estas tierras y a su historia se filtra en todos sus trabajos y lo ha llevado a ser uno de los historiadores más destacados".<sup>23</sup> Y a este propósito recuerdo cómo hubé de dictaminar junto con el doctor Octavio Herrera la obra, *Un siglo de Monterrey* del maestro Vizcaya Canales, quien usaba el pseudónimo de Bruno Ibáñez. Se trataba de un concurso propuesto por la Comisión de Historia de Monterrey 400. Lo cierto es que luego de leer los diferentes textos encontramos dos cuya calidad era digna del primer lugar. Pero nos asaltaba la pregunta de quién podría ser Bruno Ibáñez, pues no cualquiera podría presentar un texto tan bien escrito, con tanto conocimiento del pasado de la ciudad y con una fluidez sorprendente. Cuando el notario público que daba fe del concurso, abrió los sobres de los ganadores y el tal Bruno Ibáñez no era otro que don Isidro Vizcaya Canales, los dictaminadores sabíamos que no nos habíamos equivocado.

Como tampoco don Isidro ha equivocado los rumbos de sus investigaciones al tomar al noreste como el punto de referencia principal. Y viene al caso recordar cómo en una ocasión un integrante de la Academia Mexicana de la Historia a boca de jarro me sorprendió con su afirmación: el noreste no existe para la historia. No estoy seguro si su tan agresivo y apremiante cuestionamiento era una provocación, o el inicio de un proceso mayéutico, o bien la pregunta de una muy cartesiana duda metódica. Lo cierto es que se encontraba con una persona de la Universidad Autónoma de Baja California, y ambos estaban decididos a confrontar opiniones y conocimientos. Inspirado en un texto sobre Gregorio Marañón donde se asienta que la cualidad más alta del historiador es ser un "espíritu tolerante de capacidad infinita", los disuadí de dejar el asunto para tiempos mejores. Porque para quienes tenemos la experiencia de la formación geopolítica de la gran llanura nororiental mexicana, la unidad del noreste mexicano es un dogma de fe histórica. Es más, hay testimonios vivos y fehacientes de esta unidad. Es el caso sin duda, de don Isidro Vizcaya Canales siendo, como es él mismo, un hombre del noreste; vale decir un *noresteño*, para usar la forma un tanto arcaica que aún usamos en la región para relacionar al hombre con el lugar. Recuérdense los nombres de algunos lugares y ranchos como Ramireño, Martineño, Salineño, Veleño, etcétera. Su padre, originario de Mier en Tamaulipas, y la familia paterna de Matamoros en ese mismo estado. La familia materna con cuna en Lampazos, Nuevo León. Él nacido en Laredo Texas, y educado indistintamente en Nuevo Laredo y Laredo. Luego de sus estudios en Ciudad Juárez, y unos años en algunos otros lugares, radicó definitivamente en Monterrey. No sé si fueron las sugerencias de Manuel Payno escritas a mediados de su muy preferido siglo XIX, las que lo convencieron de esto último. Sugerencias que por cierto él cita por ahí en *Tierra de guerra viva*, aunque de forma incompleta, pero no

porque oculte la verdad, sino porque no venía al caso explayarse. Sea lo que fuere, deseo terminar tal y como Payno finalizó aquel escrito dedicado a Monterrey: "Concluiré este artículo -escribe Payno- diciendo una palabra sobre sus habitantes. Salvo algunas afecciones pronunciadas de provincialismo, es la clase de gente mejor que yo he conocido: amables y hospitalarios, no desdican del carácter mexicano, habiendo además la ventaja de encontrar particularmente entre las mujeres una sencillez y un candor y modestia apreciables. Si Monterrey estuviera completamente libre de la terrible plaga de los indios bárbaros (...) sin duda progresaría mucho y sería uno de los más deliciosos países para pasar una vida quieta y tranquila".<sup>24</sup> No cabe duda que Don Isidro ha escogido la mejor parte: una vida quieta y tranquila, *in fide et lenitate*, sin más indios bárbaros que los de sus libros, y los que seguramente encontró en sus años de militancia política.

#### Notas bibliográficas

<sup>1</sup>Una primera versión de este texto fue expuesta en el homenaje que la Academia de Investigación Humanística y el Museo Metropolitano de Monterrey ofrecieron a el maestro Isidro Vizcaya Canales al presentar su más reciente libro *Tierra de guerra viva*, el de 22 de marzo del 2001.

<sup>2</sup> Francisco Ruiz Solís, *Historia del pensamiento científico de Nuevo León*, en Miguel Covarrubias, *Desde el Cerro de la Silla, armas y letras de Nuevo León*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1992, pp. 157-177.

<sup>3</sup> *Idem.*, p. 176.

<sup>4</sup> Isidro Vizcaya Canales, *Monterrey 1882: crónica de un año memorable*, Monterrey, s.e., 1991, p. 4-7.

<sup>5</sup> Isidro Vizcaya Canales, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey 1867-1920*, Monterrey, Libería Tecnológico, 1971, 2a. edición (1a. ed. 1969), pp. v, 1, y ss.

<sup>6</sup> Isidro Vizcaya Canales, *En los albores de la Independencia, la Provincias Internas de Oriente durante la insurrección de don Miguel Hidalgo y Costilla 1810-1811*, Monterrey, ITESM, 1976, p. 294.

<sup>7</sup> Isidro Vizcaya Canales, *Tierra de guerra viva: invasión de los indios bárbaros al noreste de México 1821-1885*, Monterrey, Academia de Investigación Humanística, 2001, p. 13.

<sup>8</sup> Francisco Ruiz Solís, *Historia del pensamiento...*, p. 175-176.

<sup>9</sup> Isidro Vizcaya Canales, *En los albores de la ...*, p. XIII.

<sup>10</sup> *Idem.*, p. 293

<sup>11</sup> Isidro Vizcaya Canales, *Los orígenes de la...*, p. XV.

<sup>12</sup> Isidro Vizcaya Canales, *Tierra de guerra...*, p. 13.

<sup>13</sup> Manuel Ceballos Ramírez, "Presentación", en Isidro Vizcaya Canales, *Un siglo de Monterrey, desde el grito de Dolores hasta el Plan de San Luis 1810-1910*, Monterrey, Academia de Investigación Humanística, 1998, p. IX.

<sup>14</sup> Henri-Irénée Marrou, *De la connaissance historique*, Paris, Seuil, 1966, p.51 ss.

<sup>15</sup> Isidro Vizcaya Canales, *Monterrey 1882...*, p. 1.

<sup>16</sup> Hayden White, *Metahistory, the Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1973, pp. 18-21.

<sup>17</sup> De estos temas, aparte de los trabajos más conocidos ya citados encontramos también "Composición étnica de la población de Nuevo León a la consumación de la Independencia", *Humanitas*, v. 10, 1969, pp. 447-450; "Monterrey, los primeros años después de la Independencia", *Humanitas*, v. 11, 1970, pp. 531-538; "Factores adversos para el desarrollo de las Provincias Internas en los últimos años de la dominación española", *Humanitas*, v. 13, 1972, pp. 293-300; *Monterrey bajo sitio, octubre 23 y 24 de 1913*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 1988.

<sup>18</sup> Isidro Vizcaya Canales, "El periódico oficial del gobierno de Nuevo León en el siglo XIX", *Humanitas*, v. 9, 1968, pp. 405-415; "Montemorelos en la primera mitad del siglo XIX", *Humanitas*, 1971, pp. 325-330; "Don Ambrosio de Llanos y Valdez", *Humanitas*, v. 14, 1979, pp. 457-467.

<sup>19</sup> Manuel Ceballos Ramírez, *Presentación*, en Isidro Vizcaya Canales, *Un siglo de...*, p. XI.

<sup>20</sup> Philippe Ariés, *El tiempo de la historia*, Buenos Aires, Paidós, 1988, pp. 45-46.

<sup>21</sup> En Isidro Vizcaya Canales, *Monterrey 1882...*, p. VII.

<sup>22</sup> *Idem.*, p. VI.

<sup>23</sup> En Isidro Vizcaya Canales, *Monterrey bajo...*, p. 6.

<sup>24</sup> Manuel Payno, "Monterrey, capital del Departamento de Nuevo León", *Panorama de México, Obras Completas*, v. 5, México, Conaculta, 1999, pp.102-103.

## LA CASA DE SAN ANTONIO Y EL COLEGIO JESUITA DE SEGUIN, TEXAS (1873-1880)

José Roberto Mendirichaga  
Universidad de Monterrey

Por circunstancias que aquí abordaremos, la ciudad de San Antonio y la población de Seguin, situada ésta a unas millas de la primera, ambas en el Estado de Texas, se convirtieron en el más esforzado intento de restauración para la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús a finales del siglo XIX.

Las Leyes de Reforma -particularmente la llamada Ley Lerdo (Sebastián Lerdo de Tejada), de 1873- desterraban a todos los religiosos, religiosas y sacerdotes extranjeros. Para los jesuitas el golpe fue más fuerte ya que no se habían repuesto aún de la supresión general de 1767, a lo que había que agregar la dispersión de 1821. La restitución había iniciado en 1853, partiendo de sólo cuatro jesuitas en la república.

Ya veremos aquí de qué manera San Antonio y Seguin se constituyeron para los jesuitas de la Provincia Mexicana en el refugio para el destierro. Tierra de transición, ciertamente, y espacio yermo y amargo en muchos aspectos, no estuvo, con todo, exento de algunas alegrías y resultó ser ciertamente ejercicio ignaciano para templar fe y carácter.

Pero vayamos a la narración de lo sucedido. Remontémonos al último tercio del siglo antepasado, en el tránsito del lerdismo al porfiriato. Pensemos: ¿por qué son tan importantes San Antonio y Seguin para la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús? Porque preparan el retorno a la patria y afinan virtudes cardinales y teologales en la pequeña comunidad religiosa a la que nos referiremos.

Saltillo habrá de ser la Itaca Mexicana: el Colegio de San Juan Nepomuceno (1878-1914), tema de investigación que nos ocupa desde hace poco más tres años, dentro del doctorado en Historia de la Universidad Iberoamericana, y capítulo que no puede entenderse sin el antecedente de San Antonio-Seguin. Algunas ideas de este trabajo intentarán pasar, pues, a formar parte de la tesis que sobre el Colegio de San Juan Nepomuceno (1878-1914), de Saltillo, trabajamos.